

JESUCRISTO REDENTOR
“ROSTRO” DE LA MISERICORDIA DEL PADRE



JORNADAS DE FORMACIÓN PERMANENTE
PROVINCIA NTRA. SRA. DE LAS MERCEDES
Cájar, 16-17 de enero, 2016

Dirigidas por:
Trinidad León Martín, mc



I. NOTAS SOBRE LA ANTROPOLOGÍA Y LA TEOLOGÍA DE LA MISERICORDIA

0. Introducción

Normalmente comenzamos este tipo de reflexiones haciendo referencia al contenido bíblico y teológico del tema a tratar. Si optamos por mirar en primer lugar la dimensión *antropológica* de la misericordia es sencillamente porque reconocemos que el ser humano es el camino que Dios mismo toma para manifestar al mundo el misterio divino de su condición misericordiosa. Y lo hace, abajándose a sí mismo y tomando nuestra condición humilde y sometida a la ley (*Flp 2, 6-11*), encarnándose en el vientre de una mujer y naciendo de ella (*Gál 4,4*) para decir su Palabra eterna al mundo. Una Palabra que puede ser entendida por todos los que quieran acogerla y tenerla como luz, guía y fuente de vida (*Jn 1, 1-18*).

El Papa Francisco comienza así la Bula con la que anuncia la celebración del "Año Santo de la Misericordia" (*Misericordiae Voltus*): "**Jesucristo es el rostro de la misericordia del Padre... Ella se ha vuelto viva, visible y ha alcanzado su culmen en Jesús de Nazaret**" (p. 1). La humanidad del Hijo de Dios es condición imprescindible para que podamos conocer a Dios y su misericordia: "*Felipe le dijo: Señor, muéstranos al Padre, y nos basta. Jesús le dijo: ¿Tanto tiempo he estado con vosotros, y todavía no me conoces, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo dices tú: ``Muéstranos al Padre? (Jn 14,8-9)*).

La condición humana de Jesús de Nazaret es el **lugar** en el que se revela la plenitud de la Divinidad. Y resulta que esa Divinidad actúa de manera muy concreta y coherente, como pone de relieve la narración evangélica. Jesús es el Hombre de la misericordia. Todos sus gestos, todas sus actitudes y sus palabras tienen como fin poner de relieve el ser Divino que no es otra cosa que amor, fidelidad y perdón. Consagrados en Jesucristo, por la fuerza del Espíritu Santo, todos y cada uno de los seres humanos somos llamados, desde los orígenes de la historia, a convertirnos en el "rostro de la misericordia" del Padre, "rico en misericordia" (*Ef 2,4*).

La misericordia *dice* lo más profundo y auténtico del ser humano, vinculado y conformado por el Espíritu según el Icono de la Divinidad, Jesucristo. Él es "la Imagen visible del Dios invisible, el primogénito de toda la creación" (*Col 1,15*). Nos referiremos por tanto a la misericordia como revelación de lo más íntimo del ser Divino, reconociendo que estamos revelando al mismo tiempo algo del misterio específicamente humano. Este tipo de reflexión creyente sobre el ser de Dios a través del que es su Rostro, nos va a permitir exponer el tema desde la doble perspectiva:

- a) La misericordia, como el sentimiento y actitud natural, que nos revela al *hombre perfecto* modelado según la Imagen del Hombre nuevo: Jesucristo, y de acuerdo a su ideal de persona: "*Por tanto, sed vosotros perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*" (*Mt 5,48*). "*Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso*" (*Lc 6,36*). Misericordia y perfección son una misma cosa en términos cristianos.
- b) La misericordia, como expresión de los rasgos más auténticamente evangélicos: "*Dichosos los misericordiosos, porque alcanzarán misericordia*" (*Mt 5,7*) el amor expresado en gestos y actitudes concretas, y como expresión del seguimiento fiel de Jesucristo: "*Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo.*" (*Mt 25, 35*). "*Y decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame*" (*Lc 9, 23*).

1. Perspectiva filosófico-antropológica de la misericordia

La misericordia se entiende ante todo como una *actitud* antropológica, tiene que ver con lo más auténtico y profundo del hombre (*varón-mujer*). Desde una antropología cristiana, entendemos que es también una *actitud* religiosa porque pone de manifiesto los vínculos que nos une a una Persona concreta que se llama Jesús de Nazaret, y a un proyecto de vida centrado en el Dios de Jesucristo (Trinidad). La misericordia cristiana tiene su centro en la Trinidad divina, modelo también de realización personal.

El término latino "misericordiae" (misericordia), tiene su origen en la conjunción de dos sustantivos: "cor" (corazón) y "miseri" (pobres) y viene a significar *tener el corazón con los pobres* o *sentir afecto por los pobres*. En sentido humano, general, ser misericordioso implica una actitud personal que trasciende el egoísmo y el egocentrismo. La persona misericordiosa tiene el corazón volcado a los míseros, a los afligidos por toda clase de miserias, olvidándose, en cierto modo de su persona. Esto puede aparecer como una debilidad, sobre todo en ciertos ambientes, pero, en realidad lo que demuestra es una gran fortaleza de ánimo y un gran coraje para deshacerse de las propias carencias y centrarse en aliviar las necesidades de los demás.

Somos "misericordia"

La misericordia es una realidad que nos construye por dentro sin que apenas seamos conscientes de ello, nos modela, nos hace de una manera concreta. Ser personas misericordiosas es a la vez un *don* y una *conquista*: es un estilo de vida que implica el riesgo de aparecer ante otro tipo de personas como seres débiles, influenciables... Y sin embargo, es todo lo contrario: se tiene que ser muy fuertes y muy libres para ser misericordiosos. Esto lo vemos perfectamente reflejado en la parábola del "Buen samaritano" (Lc 10, 25-37), y también en la del "Buen pastor" (Jn 10, 1-18).

La misericordia, como todo lo que tiene que ver con nuestro mundo interior, tiene un profundo contenido de *misterio* y de *praxis* (conocimiento y acción, conjugadas y en armonía, dentro de la vida). Es algo que a nosotras mismas, como personas, nos resulta difícil de comprender y mucho más difícil de explicar. La misericordia se explica mejor ejerciéndola que teorizando sobre ella... Es difícil explicar de dónde nace este sentimiento que nos lleva a adoptar actitudes de *con-dolencia* y de *con-pasión* con personas que apenas conocemos o que no conocemos de nada. El sentimiento y la acción misericordiosa es algo que nos constituye, nos afirma en nuestra realidad humana y divina a la vez. De igual manera, una persona *inmisericorde*, se considera que es inhumana, está lejos de lo que es o debiera ser un ser humano. La misericordia viene a ser como el termómetro de nuestra humanidad...

Tender a la misericordia: "sentir-con...", "con-padecer"

La misericordia tiene infinitas formas de expresión, pero siempre tiene que ver con nuestra manera de *sentir con los demás* y de vernos afectadas por sus sufrimientos, sus alegrías, sus penas, sus ilusiones y esperanzas o su desesperanzas... La misericordia es una *vibración afectiva*, algo que nos toca los sentimientos, el corazón o, mejor dicho, algo, una fuerza, que nos nace del corazón, que tiene lugar en lo más hondo de nuestro

ser. Aunque, precisamente por darse en esa dimensión íntima de nuestro ser personal, nos trasciende o, mejor dicho, nos vincula con algo/Alguien que está más allá y que no siempre comprendemos, ni mucho menos conocemos.

La misericordia se revela como una fuerza misteriosa que no dominamos sino por la que somos, en cierta manera, dominadas y trascendidas, va más allá de lo que podemos controlar con la mera razón. Es una fuerza bondadosa, sin duda, pero hay que saber orientarla, como todo dinamismo humano. Es muy diferente actuar desde la *virtud* a hacerlo desde el *impulso*. La *virtud* es constancia y fidelidad, una manera de ser que va madurando y consolidándose, sean cuales sean las circunstancias, favorables o adversas. El impulso, por el contrario, cede mucho al capricho y a la apetencia. La misericordia como *virtud* nos revela que somos un pozo insondable de ternura, empatía, piedad..., pero también se nos puede convertir en un mero instrumento para crecer en soberbia y orgullo.

La actitud misericordiosa puede, en muchos ambientes, ser considerada como una falta de carácter, como una debilidad pueril. Pero es todo lo contrario: se tiene que ser muy fuerte y tener una personalidad muy firme para corresponder al sentimiento de compasión y de ternura que las debilidades y necesidades del prójimo deben inspirar en nosotras/os.

Si la actitud inmisericorde, que se nos revela en la parábola del hombre herido en el camino de la vida, llegara a convertirse en algo predominante en nosotros/as, llegando a convertirse en una actitud aceptada y generalizada en la sociedad, no habría ya lugar para la confianza en el ser humano, ni habría lugar para la esperanza en un futuro mejor y más humanizado, en un mundo uno y plural, según la Trinidad creadora. El sueño del profeta, que es el sueño de Dios para con la humanidad, nunca llegaría a hacerse realidad: "*Ellos convertirán sus espadas en arados y sus lanzas en hoces. Ningún pueblo volverá a tomar las armas contra otro ni a recibir instrucción para la guerra.*" (Is 2, 4).

El pensador y psicoanalista alemán, de origen judío, Erich Fromm (Frankfurt, 1900 - Muralto, 1980), que habla de sí mismo como "un místico ateo", expresa esta idea de manera contundente: "*Si el hombre se hace indiferente a la "vida", no queda ya ninguna esperanza de que pueda escoger el bien: entonces, realmente, su corazón se habrá endurecido hasta el punto de que su vida acabará. Si esto sucediese a toda la humanidad o a sus miembros más poderosos, la vida de la humanidad podría extinguirse en su momento más prometedor*" (Citado por C. Rocchetta, *Teología de la Ternura*, p. 34. Salamanca, 2001).

En definitiva: no podemos considerar la misericordia como algo añadido o adquirido de manera externa, la misericordia nos es tan íntima como el mismo corazón. No es un órgano material, ciertamente, pero nos constituye en lo más hondo de nuestro ser. La *antropología* de la misericordia es la condición clave de la *teología* de la misericordia y que tiene como finalidad última la *mística* de la misericordia.

2. "Misericordia": el corazón volcado a la miseria

Yendo más allá, centrándonos en la visión teológica de la misericordia, podríamos decir que Dios no *tiene* misericordia sino que *ES* misericordia. Las palabras del libro del Éxodo que expresan la condición divina revelada a Moisés en el monte Sinaí, se repiten

de manera continua en todo tipo de textos y reflexiones: "el Señor, el Señor, Dios compasivo y clemente, lento para la ira y abundante en misericordia y fidelidad; el que guarda misericordia a millares, el que perdona la iniquidad, la transgresión y el pecado..." (Ex 34, 6). En realidad, todo el capítulo 34 del libro del Éxodo es una manifestación divina que no puede ocultar el amor y la compasión que lo mueve a actuar el favor de quienes, en principio, no lo merecen, porque ni lo agradecen ni le corresponden; el pueblo que llama a la liberación es "duro de cerviz", pero Dios no puede dejar de ser lo que es: compasivo y fiel, es decir, misericordia.

Lo que hay de Dios en nosotros: la misericordia

A Dios le mueve la misericordia, no puede evitarlo, no podrá evitarlo nunca a lo largo de la historia, de esto saben mucho los profetas como Oseas, Isaías, Amos, Ezequiel...

En definitiva, la misericordia es, ante todo, un encuentro sorprendente y gratificante, con nosotras mismas, entre nosotras, con la historia que creamos y con el mundo que nos rodea. Sobre todo, con Dios.

Agustín, el gran doctor de la Iglesia de Occidente, experimentó en su propia carne la cercanía y la misericordia divina, justamente cuando él se sentía más alejado de todo lo divino. En sus *Confesiones* escribe: "A ti la alabanza y la gloria, ¡Oh Dios, fuente de las misericordias! Yo me hacía cada vez más miserable y tú te me hacías más cercano". Y continúa: "Enmudezca en su alabanza de Dios quien primero no haya contemplado las pruebas de la misericordia divina". Ahí está la cuestión: no es posible hablar de Dios misericordia, si ésta no es una verdadera experiencia en nuestra vida... Diremos palabras bellas, pero vacías, sin corazón, sin sentido...

La misericordia: actitud, talante de vida (praxis)

Ni siquiera basta decir que la misericordia es gestual, no se dice a través de algún que otro gesto más o menos aislado de nuestra conducta habitual; es algo más consolidado y real: es una ***actitud*** de vida. Sólo teniendo una idea clara del contenido del concepto "misericordia" y de su alcance dentro de las relaciones humanas, podremos comprender hasta qué punto nuestra *vida consagrada* (por el Bautismo y la profesión de los votos) tiene sentido y merece la pena ser vivida como tal: como entrega radical a Jesucristo Redentor (el Buen Samaritano y el Buen Pastor..., el Maestro y Sanador)

La misericordia es ante todo una ***actitud*** que está inscrita en nuestro interior, en lo más hondo de nuestro ser, desde el momento de ser concebidas como realidades personales y, todavía más a partir de nuestra autonomía personal. La misericordia, como se ha dicho, pertenece a la identidad más profunda y original del ser humano. Se define como "sentimiento", como capacidad de "sentir". Esto implica que tener el corazón volcado a la miseria no es algo baladí, sino un verdadero *pathos* (pasión: amor y sufrimiento conjugados...). La misericordia nos lleva a sentirnos *afectadas* por lo que le afecta a cualquier otro ser humano. Y lo manifestamos...

Lo más grande de la misericordia es que nos lleva a sentirnos apasionadas por la pasión del hombre y a través de esa experiencia, por la pasión de Dios en el hombre Jesús, el Cristo.

Cuando sentimos que el corazón se nos vuelca y nos impulsa a volcarnos gestual y afectivamente a otra persona, no miramos nada que no sea *su necesidad*, lo que el prójimo necesita, como le sucede al buen samaritano (*Lc 10, 25-37*). No nos importa la cultura, la raza, la religión o extracción social a la que pertenezca la persona que vemos débil, necesitada, herida o maltratada en nuestro camino. Miramos que es un ser humano que requiere nuestra atención, nuestra compasión. Pero no una atención prestada de cualquier manera o solo como mero acto de filantropía humana, que también puede darse y es algo legítimo, aunque demasiado comedido o prefijado... La misericordia es, como todo lo que atañe al corazón, algo gratuito, desbocado, una fuente ilimitada de ternura y compasión.

El Dios manifestado a lo largo de la experiencia religiosa de Israel, y de manea especial en la persona y la vida de Jesucristo, es un Dios al que todo lo que al ser humano le hace sufrir lo conmueve, le afecta profundamente: (*Lc 7,11-17*). En este precioso texto evangélico, Jesús se siente conmovido por la mujer que camina tras el cortejo fúnebre de su hijo muerto. Cuando el Señor la vio, se compadeció de ella y le dijo: "*No llores*". Expresa el Evangelio que Jesús *se compadeció*; el Maestro y sanador de Nazaret *se conmovió*. Jesús se conmueve y se apiada, pero para mayor precisión lo que hace el Señor es *condolecerse*; a Jesús le duele la situación de la mujer y eso le lleva a sentir compasión y ternura ante la desgracia y el sufrimiento ajeno, participar de ello activamente: le conmueve por dentro, entrañablemente: "*Como un padre siente ternura por sus hijos, así siente el Señor ternura por sus fieles*" (Salmo 103, 13).

Dos Papas de la segunda mitad del siglo XX se acercaron con entusiasmo y claridad al tema de la misericordia divina: Juan XXIII y Juan Pablo II. Y ambos, cada uno a su manera, pusieron en el centro de la praxis pastoral numerosas consideraciones sobre la misericordia. Para el primero, la misericordia es "*el más bello nombre de Dios*" y la manera más hermosa de dirigirse a él.. Se dice que este Papa Bueno solía recitar con frecuencia el salmo 89: "*Cantaré eternamente las misericordias del Señor...*"

Juan Pablo II, amplió y profundizó el tema sugerido por Juan XXIII, pero tampoco su idea surgió en el despacho, sino que fue motivado por su propia experiencia. Conoció de cerca el dolor del maltrato a la humanidad, en primera persona y a través de los acontecimientos que tuvieron lugar en su propia nación de origen, pues creció en las cercanías del campo de concentración de Auschwitz (Polonia). El testimonio de su experiencia personal de la misericordia motivó muchas de sus homilías y al fin, la concretó en la segunda encíclica de su largo pontificado: "*Dives in misericordia*". En estas páginas, el Papa nos recuerda que la justicia por sí sola no basta, pues la gran justicia puede llegar a convertirse en la gran injusticia... Los sufrimientos de las dos grandes guerras mundiales, y de las infinitas guerras desatadas en estos momentos de nuestra historia, así lo ponen de manifiesto.

3. El lenguaje bíblico de la *misericordia*: breve aproximación al término y su contenido

La misericordia, como acabamos de ver, entra dentro de la realidad antropológico-teológica que tienen que ver con la categoría humana del *encuentro* personal e indica en

su raíz *un movimiento hacia*; misericordia es una actitud que conduce al encuentro entre personas. Incluso con la Persona divina, de ahí la constante metáfora: *"Como un padre siente ternura por sus hijos, así siente el Señor ternura por sus fieles"* (Salmo 103, 13). En su sentido más gratuito, de don, supone *ir en su ayuda*, si es necesario, para que esa otra persona logre avanzar o salir del momento, estado o lugar hostil en que puede encontrarse sin quererlo. Sin duda pensamos en la imagen del "Buen samaritano".

"Con entrañas de misericordia te amé..."

El hebreo tiene un sustantivo para señalar las "entrañas" con las que Dios ama, tan íntimas como las entrañas maternas: *réhem* y en plural *rehamim* que designa tanto las entrañas maternas como los sentimientos compasivos. El verbo *raham* se refiere a "tener misericordia" a "actuar desde el corazón". De Dios se dice una y otra vez que es *raham*: "Misericordioso". El Dios que se revela a través de la experiencia religiosa del pueblo de Israel, es un Dios compasivo y apasionado.

Dios *padece-con* el ser humano porque ama todo lo que ha creado: "somos todos obra de tus manos" dice el/la salmista. Para el profeta *Oseas* la misericordia divina es tan apasionada que no puede hacer otra cosa que actuar conforme a como le dicta su corazón: misericordiosamente, perdonando...: *"¿Cómo podré dejarte, Efraín? ¿Cómo podré abandonarte, Israel?... ¡Mi corazón está conmovido, lleno de compasión por ti! No actuaré según el ardor de mi ira... porque yo soy Dios, no hombre. Yo soy el Santo, que estoy en medio de ti, y no he venido a destruirte."* (Oseas 11, 8ss).

Para otro profeta menos conocido y menos citado, Joel, conocer a Dios es *conocer* su compasión y hacer experiencia de su perdón. El pueblo no puede hablar de Dios misericordioso, si no hay una *conversión* a esa misericordia hecha relación de amor y de ternura, que reconoce el propio pecado y también el camino que debe tomar para ser una criatura renovada y, al fin, un pueblo convertido: vuelto a Dios.

*¡Volveos al Señor vuestro Dios, y desgarrad vuestro corazón
en vez de desgarraros la ropa!...
Porque el Señor es compasivo y misericordioso,
paciente y tierno, dispuesto siempre a levantar el castigo.*

Conocemos a Dios si conocemos la misericordia. El término *conocer* encierra mucho de intimidad amorosa, de entrega fiel y sin límites, entrañable... Ese conocimiento íntimo (místico) de Dios, encierra todo un compromiso de vida. Si no me realizo como persona en la misericordia, tampoco me realizo en mí ser auténtico. Esa es la experiencia de los profetas del Antiguo Testamento, de los orantes del pueblo, de los místicos de la Iglesia universal... Y, podríamos decir, de todos los hombres que buscan a Dios.

El pensador y escritor jesuita, Anthony de Mello, en su obra *Un minuto de sabiduría*, tiene un precioso cuento en el que podemos ver sintetizado el contenido que debemos dar a la misericordia, lo que implica ser "misericordiosos como el Padre", el lema del año santo. La parábola dice así:

*"A un discípulo que rezaba constantemente el maestro le dijo:
_ ¿Cuándo dejarás de apoyarte en Dios y te sostendrás sobre tus propias piernas?
El discípulo se quedó desconcertado:*

_ Pero, ¿cómo? ¡Si has sido tú precisamente el que nos has enseñado a mirar a Dios como a un padre!

¿Y cuándo aprenderás que un padre no es alguien en quien apoyarte sino alguien que te libera de la tendencia a apoyarte!"

LA ORACIÓN del corazón: "lugar" del encuentro con la misericordia divina

Jesús nos trasmite y nos comunica con Dios "Padre rico en misericordia", y lo hace en cada una de sus palabras y en cada uno de sus gestos y actitudes personales. Él es un *judío piadoso*, conoce y ama profundamente toda la historia de salvación que Yahvéh ha vivido con su pueblo. Advierte a sus seguidores: "No penséis que yo he venido a poner fin a la ley de Moisés y a las enseñanzas de los profetas. No he venido a ponerles fin, sino a darles su verdadero sentido." (Mt 5, 17). Y el sentido de la Ley se vive desde el corazón orante.

Los salmos vienen a ser la vivencia de la Palabra de Dios desde el corazón; en esos poemas místicos, muchos de ellos, no todos, pues encontramos también mucho de los pensamientos y de la cultura "elitista" judía que se aleja del sentir cristiano y que debemos interpretar, como dice Jesús, "darle su verdadero sentido". Son muchos los salmos que nos permiten descubrir y expresar con gran belleza poética la condición misericordiosa de Dios: "Las sendas del Señor son misericordia y lealtad para los que cumplen su alianza y sus mandatos" (Sal 25, 10); "El Señor es compasivo y clemente, paciente y misericordioso" (Sal 103, 8; 145, 8). El salmo 136 repite machaconamente "***eterna es su misericordia***".

El salmo 50 es por excelencia el salmo en el que el pecador reconoce su necesidad infinita de perdón, abriéndose a la gozosa experiencia de ser perdonado, de la misericordia que es Dios. En boca de David, cuyo pecado es realmente grande: adulterio y asesinato se funde en una conducta prepotente y soberbia, se ponen palabras de profundo dolor y arrepentimiento. Y, ¿qué no podrá hacer la misericordia de Dios ante el arrepentimiento del ser humano pecador?

*Misericordia, Dios mío, por tu bondad,
por tu inmensa compasión borra mi culpa;
lava del todo mi delito,
limpia mi pecado...*

Del mismo modo, el orante del ***salmo 30*** invita a toda la asamblea orate a dar gracias, reconociendo lo infinito de la misericordia de Dios a lo largo de la historia:

*Tañed para el Señor, fieles suyos,
dad gracias a su nombre santo;
su cólera dura un instante;
su bondad, de por vida...*

En la misma línea confiada y de reconocimiento del corazón divino que escucha y atiende la súplica de sus fieles, se mueve el/la orante que hay detrás del ***salmo 86 (85)***:

*... porque tú, Señor, eres bueno y clemente,
rico en misericordia con los que te invocan.
Señor, escucha mi oración,
atiende a la voz de mi súplica.*

Y pocos versículos más adelante, tras reconocer el modo compasivo y poderoso del actuar divino, y de su *mirada "compasiva"*, como un estribillo, se repite la misma confesión: *Pero tú, Señor, Dios clemente y misericordioso, lento a la cólera, rico en piedad y leal, mírame, ten compasión de mí."*

Los Salmos, **103** y **146**, de modo particular, destacan la grandeza del proceder divino: *"Él perdona todas tus culpas, y cura todas tus dolencias; rescata tu vida del sepulcro, te corona de gracia y de misericordia" (103, 3-4)*. De una manera aún más explícita, otro salmo del gran Hallel que venimos citando testimonia los signos concretos de su misericordia: *"Él Señor libera a los cautivos, abre los ojos de los ciegos y levanta al caído; el Señor protege a los extranjeros y sustenta al huérfano y a la viuda; el Señor ama a los justos y entorpece el camino de los malvados" (146, 7-9)*.

Los términos *clemente, compasivo, misericordioso, bueno, cariñoso...*, van entretejiendo el rostro de una Divinidad que no solo acompaña la vida, sino que hace que la vida sea recibida como un don por el que hay que estar agradecidos, pues, pase lo que pase, siempre nos encontraremos con esa manera de ser de Dios que nos salva:

*El Señor es clemente y misericordioso,
lento a la cólera y rico en piedad;
el Señor es bueno con todos,
es cariñoso con todas sus criaturas.*

Los binomios *"bueno y clemente", "fiel y misericordioso", "compasivo y fiel"*, se repiten continuamente. ". El Papa Francisco interpreta esta repetitividad orante como *"un intento por romper el círculo del espacio y del tiempo para introducirlo todo en el misterio eterno del amor. Es como si se quisiera decir que no solo en la historia, sino por toda la eternidad el hombre estará siempre bajo la mirada misericordiosa del Padre" (MV, n. 7)*. La oración verdadera es siempre confiada e insistente, como expresa el *salmo 118*, en el cual, el amor a la Ley (la palabra divina que orienta la existencia toda), está basado en la plena confianza en la misericordia que se adelanta a cualquier súplica, y que merece nuestra atención, merece que estemos en vigilia para verla llegar a nuestra vida.

La misericordia y la Palabra de Dios van juntas, son una misma cosa, invocarlas es comprometerse a vivir bajo el calor de su luz:

*Mis ojos se adelantan a las vigiliass,
meditando tu promesa;
escucha mi voz por tu **misericordia**,
con tus **mandamientos** dame vida;*

El "gran Hallel": *salmos 112 al 117*, son seis salmos que se cantaban (o se cantan) en las grandes fiestas del año litúrgico judío: Pascua, Pentecostés, Tabernáculos y Dedicación del templo. Todos comienzan con una fuerte exclamación de alabanza: ¡*Aleluya!* O *"Alabad al Señor"*. Los estudiosos del tema advierten que el salmo inicial, *salmo 112*, constituye como el punto de unión entre el *Cántico de Ana* (1 Sam 2,1-10) y el *Magníficat* de la Virgen (Lc 1,46-55).

El salmo 117 repite de manera incansable: *"Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia*. La esencia misericordiosa de la Divinidad se constata

constantemente en tantas acciones de la historia de la salvación donde la bondad prevalece por encima incluso de la justicia divina.

Recapitulando ideas, reconociendo actitudes, anhelando la conversión...

Lo que no penetra el corazón no puede llenarnos la vida. Dios nos da ejemplo: se ha hecho no solo el Verbo encarnado sino *"el Oyente"* de nuestra palabra. Dios Escucha... Nos escucha; ha escuchado el grito lanzado a lo largo de la historia por todos los hombres y mujeres que buscaban el encuentro con él, cara a cara, sea de la religión que sean. Así lo reconoce la comunidad cristiana de los primeros tiempos: *"Dios, habiendo hablado hace mucho tiempo, en muchas ocasiones y de muchas maneras a los padres por los profetas, en estos últimos días nos ha hablado por su Hijo, a quien constituyó heredero de todas las cosas, por medio de quien hizo también el universo."*(Hb 1,1-2).

Desde las entrañas de la criatura más sublime de la historia del cristianismo, María de Nazaret, nos llega la certeza de que Dios ha traducido su Palabra en nuestro idioma, en nuestra carne, y *"...llegada la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido sujeto a la ley, a fin de rescatar a los sujetos a la ley, con objeto de conferirnos la adopción filial. Y la prueba de que vosotros sois hijos, es que Dios ha introducido en nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que grita: '¡Abba! ¡Padre!'"* (Gálatas 4, 4-7).

A partir de ese momento de la historia, ya no podremos decir que no entendemos a Dios, que no comprendemos su lenguaje ni podemos ver su rostro... Porque Dios ha hecho de *"la Palabra que era Dios y estaba con Dios..."* (Jn 1,1), su Verbo encarnado, un rostro concreto entregado al mundo por amor: *"Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que cree en Él, no se pierda, si no que tenga vida eterna."* (Jn 3,16).

María está presente en la vida del verdadero creyente y seguidor de Jesucristo, y lo está como la mujer de su tiempo y de su raza que supo acoger la *Palabra* de manera única, pero no exclusiva. Ella, como ningún otro ser humano supo reconocer en el Hijo de Dios, su propio hijo, el rostro de la Misericordia de Dios Padre. *"Al pie de la cruz, María junto con Juan, el discípulo del amor, es testigo de las palabras de perdón que salen de la boca de Jesús. El perdón supremo ofrecido a quien lo ha crucificado nos muestra hasta dónde puede llegar la misericordia de Dios. María atestigua que la misericordia del Hijo de Dios no conoce límites y alcanza a todos sin excluir a ninguno."* (MV, 24)



II. JESUCRISTO, EL ROSTRO DE LA MISERICORDIA DEL "PADRE"

Dios, en su esencia, es *Misericordia*. Los escritos de Juan nos dirán que "Dios es amor": (1Jn 4, 8. 16), pero está en la persona creyente abrirse o no a esa condición divina. Todo el prólogo del evangelio de Juan pone de relieve la tragedia que provoca la libertad mal orientada, de nuestro corazón inmisericorde...: "Vino a su casa, y los suyos no lo recibieron" (Jn 1,11). Para que no vivamos lejos de la acción compasiva y misericordiosa de Dios, él se ha hecho uno con nosotros, un hombre concreto, con una historia y un rostro concreto: el rostro de Jesús de Nazaret, que es "el Rostro de la Misericordia del Padre".

1. Acercándonos al sentido bíblico-teológico del término "ROSTRO"

La raíz del término "rostro" en hebreo es "*panim*". Los estudiosos advierten que se encuentra siempre en plural por su funcionalidad múltiple y porque el "rostro" asume una condición de *punte dialógico* (significa: el conocimiento que se adquiere en diálogo), en el encuentro con otro. Reconocemos nuestros rasgos propios en el *cara a cara* con otros seres humanos; gracias al semblante y a los órganos que lo integran: boca, oídos, cejas, ojos... cada persona reconoce su identidad física en relación, participación y comunión con otros.

Yo soy lo que reflejo ser. El valor del "rostro"

Cuando los LXX traducen *pänîm* lo hacen por "mirada vuelta hacia...". La *mirada* siempre pertenece a un *rostro* concreto, a una persona que se vuelve hacia ti para mirarte. En la mentalidad bíblica, el *rostro* constituye el aspecto más intrínseco del ser humano puesto que refleja lo que el hombre es en su interioridad. El rostro es posibilidad de diálogo, de encuentro entre el *yo* y el *tú* y el *nosotros*. El hombre en la Biblia es *rostro*: un *ser en relación* y sólo como ser relacional puede conocerse a sí mismo, reconocerse en los demás seres humanos y vislumbrar de alguna manera a YHWH, el Rostro de los rostros.

Ningún mortal puede sobrevivir a la mirada de la Trascendencia, pues supondría que él mismo es ya parte de la trascendencia. Moisés, como figura del hombre que busca a Dios, tan sólo podrá "verle la espalda" (Ex 33,20-23). En este contexto se mueve el grito del salmista nacido de su deseo más hondo de intimidad divina; desde su corazón (*lēb*) el/la creyente ansia *ser-con* Dios, estar en él, ver su rostro: "Oigo en mi corazón: 'Buscad mi Rostro. Tu Rostro buscaré, Dios mío. No escondas de mi tu Rostro.'" (Sal 27,8-9a). La mirada misericordiosa de Dios es lo más grande que un ser humano puede desear. Así lo sienten y lo expresa también la mística de todas las grandes religiones y, por supuesto la nuestra: "Que mire yo a mi Amado y mi Amado a mí. Que vele por mis cosas y yo por las de él..." (Teresa de Jesús).

Y en términos muy parecidos a los de santa Teresa se expresaba una mística sufí del siglo VII de nuestra era, por tanto anterior a nuestra santa doctora, Rabbi'a al Adawiya: "El amor más puro es cuando levantas el velo a mis miradas de adoración...". Puedo amar a Dios de muchas maneras, viene a decir la santa mística del Islám, no todas ellas puras, pero cuando Tú actúas y retiras el velo que cubre mi mirada, entonces es cuando de verdad Te amo, Señor...

Uso del término "rostro" en los evangelios

En los evangelios se usa el concepto "rostro" en el sentido convencional de cara: "Luego se pusieron a escupirle, le taparon la cara (el rostro) y le abofeteaban..." (Mc 14,65). También para poner de manifiesto la intención de adoración y gratitud del creyente, como "caer rostro en tierra" o "postrarse" (Mt 26,39; Lc 17,16; Ap 7,11).

También se emplea la palabra en su sentido metafórico de *interioridad y comunicación*; por ejemplo, cuando Jesús critica a los hipócritas porque desfiguran sus rostros para hacer creer a los demás que están ayunando (Mt 6,16), o cuando habla en sentido figurado del "rostro" (apariencia) del cielo y de la manera que expresa el tiempo que va a hacer -un día lluvioso o un día soleado- (Mt 16,3; Lc 12,56). No obstante, el texto más significativo para conocer el valor de manifestación del ser, de lo más auténtico de la persona de Jesús es, sin duda, el de la transfiguración: "su rostro resplandeció como el sol", y su figura "se hizo otra": se transfiguró, cambió... pues en ese momento Jesús manifestó su gloria (Mt 17,2; Lc 9,22; cf. Hch 6,15 y 2 Co 3,7s.).

El rostro humano de Jesús esconde, pero también revela a quienes están dispuestos a seguirle, tanto su condición humana como divina. Mirarle significa estar dispuestas a dejarnos envolver, como los tres apóstoles, por el misterio que emana de su persona y de sus obras. Con frecuencia los discípulos se sentían desconcertados ante las acciones del Maestro de Nazaret: sanar, devolver la vida, andar sobre las aguas, la obediencia que le prestaban los elementos: "Y les dijo: ¿Por qué estáis amedrentados, hombres de poca fe? Entonces se levantó, increpó a los vientos y al lago, y sobrevino una gran calma. Y los hombres se maravillaron, diciendo: ¿Quién es éste, que hasta los vientos y el mar le obedecen? (Mt 8, 26-27).

Tenemos que permanecer con nuestra mirada fija en la persona de Jesús para no perdernos ni un instante de la manifestación de su gloria; pero también, tenemos que estar dispuestas a que el privilegio de verle actuar y escuchar sus palabras se convierta en un compromiso de entrega, en un fuerte deseo de vivir a su estilo. Y eso, siguiéndole por el camino (a lo largo de toda nuestra vida) hasta Jerusalén, hasta el Gólgota.

San Pablo nos habla también de la importancia del "rostro", lo hace al hablarnos de un conocimiento profundo y transparente que se manifiesta en la relación que mantenemos con Dios ahora, y en ese futuro que nos espera: "Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido." (1 Co 13,12).

Otros escritos del NT también ponen de manifiesto que en el rostro humano se encuentran los rasgos de la profundidad de la persona, de su capacidad de ser y hacerse "imagen" o "rostro" de Dios: "Poned en práctica la palabra y no os contentéis solo con escucharla, engañándoos a vosotros mismos; porque si uno escucha la palabra y no la pone por obra, es semejante a un hombre que se mira la cara en el espejo y, después de haberla visto, se olvida en seguida de cómo era..." (St 1,22-23). El rostro refleja el interior de la persona, su profundidad, su "inteligencia del corazón"; pero además tiene una dimensión de alteridad: el rostro nos hace irrepetibles, pero también nos hermana dentro de una

única familia humana. Ver, “mirar” el rostro del otro como persona, implica un encuentro y un compromiso que no siempre deseamos: al vernos cara a cara nos encontramos con algo más que con un rostro, nos encontramos con un *Tú* que interpela nuestro propio *Yo*. Todavía es más profundo el momento si descubrimos que en el fondo de esa mirada humana existe un lazo de comunión-comunicación con Otro rostro: el “Rostro” de Dios.

El ser humano: un rostro, un corazón

Haremos mención a otro de los términos que está implicado en este asunto de la “misericordia” y del “rostro” como parte constitutiva de nuestro ser: el corazón: en hebreo “*leb*”. Amamos con el corazón, al menos así lo expresamos en nuestro lenguaje cotidiano. En la Biblia, *el corazón* se concibe como “lo interior” del hombre en un sentido muy amplio. Además, el corazón es el fuero interno que conoce y siente, la bondad o maldad de los actos humanos; por eso se dice que “Yahvéh ve el corazón” (1S 16,7) y que de ese mismo corazón parte el verdadero culto a Dios (1S 12,20). Esa misma idea está presente en el diálogo de Jesús con la samaritana en el evangelio de Juan (4, 21-24).

En el NT la palabra latina “*cardia*” traduce el *leb* semita y su sentido no se aleja del sentido del término hebreo: el corazón es el asiento de la corporeidad que Dios penetra escruta y sondea (1 P 3,4; Hch 1,24; 15,8),

- es lugar de la inteligencia donde se conoce, se afirma y se duda (Mc 2,8; Lc 24,25);
- es lugar de la voluntad pues en él se forjan los proyectos humanos y se decide su ejecución (2 Co 9,7),
- es lugar de la vida emotiva donde se sufre y se ama (Jn 14,1; 16,6; 16,22) y, finalmente,
- es lugar de la vida moral y religiosa donde el “corazón de Dios” es figura del corazón humano (Hch 13,22-23). El hombre, cada persona humana, está llamado a vivir de acuerdo al corazón de Dios, que es el corazón del hombre Jesús de Nazaret: el Señor.

Así pues, en el lenguaje bíblico, el corazón tiene un sentido muy profundo; puede decirse que designa a toda la personalidad consciente, inteligente y libre del ser humano. El corazón tiene que ver con el interior y centro del hombre que “escucha” y, de esta manera “obedece” a Dios. Es, por tanto, fuente de la prudencia y del conocimiento verdadero que lleva a la “entrega” en señal de conversión: un corazón sometido a la Ley (*Palabra de Dios*), es condición que hace a la persona piadosa, misericordiosa y justa.

2. JESUCRISTO REDENTOR, Imagen (“rostro”) de la misericordia de Dios

Breves notas acerca de la antropología teológica de la “imagen”

El mundo de la cultura semita, en la cual se enraíza la experiencia bíblica del Dios cristiano, lo externo del hombre es la copia de Dios. Un Dios que manifiesta su dignidad a través del gesto y la postura erguida. Una postura que debemos imitar. La

voz del profeta advierte: *"Alzad las cabezas, se acerca vuestra liberación"*. Y esto no es solo metáfora...

Sin embargo, cuando al término "imagen" se le agrega el de "semejanza" se está expresando una delimitación precisa, buscada por el autor con una intencionalidad concreta: descartar la idea de que somos de la misma naturaleza de Dios. Así el concepto "imagen" queda en cierta manera reducido a una "semejanza", a *"algo parecido a..."*, pero no igual a... Para un hebreo el cuerpo es la expresión de la vida psíquica y espiritual, y, en este sentido, la totalidad de lo humano lleva la impronta divina. Decir que el hombre es *"imagen y semejanza de Dios"* no es sino el modo de expresar que todo lo humano proviene de lo divino, y en cuanto proviene de Dios es capaz de entrar en comunicación

El Salmo 8 presenta explícitamente al ser humano como un *ser en relación a Dios*. Desde el primer versículo se tiene claro que la manera del ser del hombre se entiende a partir de su especial relación con Dios. El ser humano proviene de una "palabra activa" (verbo) de Dios: *"Hagamos al hombre..."*. Este ser creado y animado por Dios es dotado del don de la palabra para "dominar" (mejor: *poner su huella...*) la tierra, por eso se le corona como la gloria de toda la creación y se le confían las obras de Yahvéh para que sea el administrador de todas ellas, que están *"bajo sus pies"* (8,7). Del hombre se dice que es *"inferior a un dios"* (8,6).

La función del hombre como "imagen" es hacer presente que toda la creación es don, es gracia. Y hacer presente a Dios mismo, en medio de la creación.

Creados a imagen de la Imagen: Jesús, el hombre que es de condición divina.

Para toda la tradición teológica, la antropología pone de manifiesto que el ser humano es "imagen de la Imagen" divina, es decir: Jesucristo. Para el cristianismo, Jesús es la imagen que revela el Rostro de Dios: *"El que me ha visto a mí, ha visto al Padre"* (Jn 14,1). La antropología que tiene como referencia la figura de Jesús, es ante todo una antropología *de la gracia*. El hombre Jesús, Verbo encarnado, conduce al Padre por un camino concreto, hecho no sólo de palabras, sino de acciones que reflejan el amor misericordioso del Padre.

El Evangelio, Jesús de Nazaret, nos introduce en lo que se ha dado en llamar la *"antropología del compromiso"*. Teología y antropología no son dos cosas distintas: Jesús es Dios verdadero, siendo verdaderamente hombre; lo cual implica que el hombre concreto Jesús de Nazaret está volcado del todo a Dios, estando volcado del todo al mundo, y viceversa. La vida de Jesús es pura teología, siendo una antropología clara y concisa.

La *antropología* que propone Jesús de Nazaret, el Cristo, es una antropología liberadora de la esclavitud del pecado y de la muerte. Al mirar el rostro de cada persona, de cada ser humano, debemos ver con claridad el rostro de Jesucristo, el verdadero rostro de Dios que tantos místicos de la historia, antes de la plenitud llevada a cabo en Jesús "nacido de mujer", desearon ver y no vieron. Jesús mismo enseña a sus discípulos/as

que en cada persona necesitada de misericordia, a la que atendemos, le estamos atendiendo a él y, por lo tanto, a Dios mismo (Mt 25, 31-46).

Pablo lo deja muy claro en su carta a los Romanos (5,12-19) cuando explica que Adam era un simple boceto del que había de venir, del Hombre que revelaría el auténtico *rostro* (la auténtica condición) del ser humano: Jesucristo, la perfecta “Imagen” que refleja la gloria de Dios en su rostro (2 Co 4,4.6), la “Imagen visible del Dios invisible”, tal y como lo cantaban los primeros cristianos en el himno recogido en una de sus cartas a las comunidades cristianas (Colosenses 1,15). Cristo, la imagen arquetípica, lo es de forma acabada, pues es “el Primogénito de toda la creación”, y él la *recapitula* y le confiere consistencia total (Col 1,15.17.18).

La tarea de “ser como Dios” ha dejado de significar un acto de soberbia o un absurdo endiosamiento, una misión imposible, porque el que era *igual a Dios*, el Hijo, ha querido *hacerse-semejante-al hombre* abajándose para elevar a toda la humanidad. La existencia del ser humano alcanza la plenitud cuando se realiza conforme a su destino final, el “ser-en-Cristo”. Si el Testamento Común (AT) dejaba claro que el hombre sin Dios no es nada, el Testamento cristiano (NT) deja claro que la plenitud personal del ser humano se logra solo en Jesucristo: verdadero *Dios* y verdadero *hombre*.

3. Nuestros ojos puestos en JESUCRISTO, el rostro de la misericordia del PADRE

La Bula *Misericordiae Vultus* comienza presentando la figura de Jesucristo de manera tan contundente como entrañable. Merece la pena tenerlo presente y ahondar en las expresiones de fe que quedan plasmadas en el nº 1 de la Bula papal:

“Jesucristo es el rostro de la misericordia del Padre. El misterio de la fe cristiana parece encontrar su síntesis en esta palabra. Ella se ha vuelto viva, visible y ha alcanzado su culmen en Jesús de Nazaret. El Padre, « rico en misericordia » (Ef 2,4), después de haber revelado su nombre a Moisés como « Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira, y pródigo en amor y fidelidad » (Ex 34,6) no ha cesado de dar a conocer en varios modos y en tantos momentos de la historia su naturaleza divina. En la « plenitud del tiempo » (Gal 4,4), cuando todo estaba dispuesto según su plan de salvación, Él envió a su Hijo nacido de la Virgen María para revelarnos de manera definitiva su amor. Quien lo ve a Él ve al Padre (cfr Jn 14,9). Jesús de Nazaret con su palabra, con sus gestos y con toda su persona revela la misericordia de Dios.”

Jesucristo es “*el rostro de la misericordia del Padre*”. La fe cristiana parece encontrar su síntesis en estas palabras. En las parábolas dedicadas a la misericordia y en sus actitudes ante cualquier persona necesitada, Jesús revela la naturaleza de Dios como la de un Padre que jamás se da por vencido, y nos espera siempre. Conocemos tres grandes parábolas en las que se nos *narra* la misericordia divina: la de la oveja perdida, la de la moneda extraviada y la del padre paciente y los dos hijos alejados de él, todas en el evangelio de Lucas (15, 1-32). En estos textos encontramos el núcleo del Evangelio y de nuestra fe: la misericordia se manifiesta como la fuerza que vence todo temor, que llena de consuelo el corazón y que revela su amor con el perdón infinito. Solo Dios puede ejercer tal poder. Y lo hace mediante su Hijo, nuestro Señor Jesucristo.



Entrando brevemente en el contenido de la Parábola de la misericordia.

La narración de sentimientos y actitudes en las que las relaciones humanas se perfilan con la elegancia y la profundidad que solo alcanzan a expresar las grandes obras de la humanidad, esta página del evangelio, impresionan por el derroche de ternura y por el retrato que hacen de unas conductas que tienen mucho de nuestras propias actitudes y reacciones. En esta parábola los hijos y el padre simbolizan a Israel y los gentiles. Pero también muestra a Dios como un Padre que también tiene actitudes y gestos de madre. Y después describe el fondo del corazón humano, actuando fuera del ámbito creado por el amor del hogar divino.

"Un hombre tenía dos hijos. El más joven de ellos dijo a su padre: Padre, dame la parte de la herencia que me corresponde. Y les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo más joven, reuniéndolo todo, se fue a un país lejano y malgastó allí su fortuna viviendo lujuriosamente. Después de gastar todo, hubo una gran hambre en aquella región y él empezó a pasar necesidad. Fue y se puso a servir a un hombre de aquella región, el cual lo mandó a sus tierras a guardar cerdos; le entraban ganas de saciarse con las algarrobas que comían los cerdos; y nadie se las daba. Recapacitando, se dijo: ¡cuántos jornaleros de mi padre tienen pan abundante mientras yo aquí me muero de hambre! Me levantaré e iré a mi padre y le diré: padre, he pecado contra el Cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros. Y levantándose se puso en camino hacia la casa de su padre.

Cuando aún estaba lejos, lo vio su padre y se compadeció; y corriendo a su encuentro, se le echó al cuello y lo cubrió de besos. Comenzó a decirle el hijo: Padre, he pecado contra el Cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo. Pero el padre dijo a sus criados: pronto, sacad el mejor traje y vestido; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo, y vamos a celebrarlo con un banquete; porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado. Y se pusieron a celebrarlo.

El hijo mayor estaba en el campo; al volver y acercarse a casa oyó la música y los cantos y, llamando a uno de los criados, le preguntó qué pasaba. Este le dijo: Ha llegado tu hermano, y tu padre ha matado el ternero cebado por haberle recobrado sano. Se indignó y no quería entrar, pero su padre salió a convencerlo. El replicó a su padre: Mira cuántos años hace que te sirvo sin desobedecer ninguna orden tuya, y nunca me has dado ni un cabrito para divertirme con mis amigos. Pero en cuanto ha venido este hijo tuyo que devoró tu fortuna con meretrices, has hecho matar para él el ternero cebado. Pero él respondió: Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero había que celebrarlo y alegrarse, porque ese hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado"(Lc 15, 11-32).

Ponemos el foco de atención en el hijo que se aleja

La parábola admite en una primera lectura, la situación en la que nos encontramos cuando ansiamos, sobre todas las cosas, disponer a nuestro antojo de todos los bienes que sabemos nuestros, sin depender o sentirnos obligados para nada con el ambiente de familia (hogar, parroquia, Iglesia...) en el que hemos crecido. Nos puede nuestra ansia de autonomía en todos los sentidos. Alejados del "padre" (figura de todo lo que implica la gracia y la fe), comenzamos a experimentar el hartazgo de los bienes y placeres de este mundo y su condición efímera, caduca. El mundo, en su condición de espacio de realización humana, de nuestro ser en relación, si no permanecemos firmes en valores y criterios que no pasan y que llevamos dentro de nuestro ser, formando parte de lo mejor de nosotras mismas/os, nos arrebatamos más que nos da.

El relato de las calamidades y carencias por las que pasa el hijo alejado de la casa familiar, es solo una muestra del vacío que va generando en nuestro ser la falta del alimento esencial para la vida verdadera: verdaderas relaciones humanas, un trabajo digno en el que podamos verter nuestra creatividad, espacios abiertos al encuentro con lo más auténtico de nuestro ser: el amor, la dimensión espiritual... Pasamos "hambre" y si somos capaces de comprendernos y comprender los signos de la indignación que nos provoca el haber malgastado todo nuestro capital, recibido gratuitamente del amor del "Padre", podemos ver lo denigrante de nuestra situación: "peor que los animales" y llegar a rectificar: ¡podemos volver al Padre! Podemos tomar "el camino de vuelta a casa", difícil y doloroso. Porque, en lo más hondo de nuestro ser sabemos de la bondad que nos espera. Sabemos que la actitud del Padre es un derroche de misericordia, de ternura y de cariño: de libertad para el hijo amado y respetado.

Conmueve, si es que aún tenemos capacidad de ser conmovidas por algo... contemplar la figura del "padre". El relato nos dice que salía diariamente a la espera del hijo; que descubre su figura incluso estando lejos, y en cuanto le ve llegar, le sale al encuentro, lo abraza, lo besa, y en cuanto el hijo comienza a pedir disculpas, no le deja hablar sino que lo envuelve en manto de su perdón: se dirige a los que observan la escena y les da a conocer que su hijo sigue siendo su hijo, digno de lo mejor y de mayor valor de la casa. Le prepara un convite, lo viste con vestiduras ricas y le pone en el dedo el anillo de la reconciliación. Entre el padre y el hijo, entre nosotras/os y Dios, solo cabe el amor misericordioso y la acogida del perdón.

Y ahora en el hijo que se queda en casa, pero está lejos de conocer al padre...

El hijo mayor, aunque la cosa no parece ir con él, dice muchísimo acerca de nuestras actitudes en relación con "nuestro padre-madre", y en relación a nuestra manera de tratar y de vivir los dones recibidos de Dios. También necesita, con urgencia, experimentar el perdón, la reconciliación. El corazón del hijo "aparentemente fiel" no es, ni por asomo, como el corazón del padre. Es duro, y por eso sus actitudes son inmisericordes. Se lamenta de la vuelta de su hermano y no comprende en absoluto la reacción compasiva y gozosa del padre.

El padre es siempre Padre. El hijo mayor, que siempre ha estado con él, necesita una profunda conversión del corazón y de sus actitudes. El hijo menor son los gentiles, que a pesar de todos sus abusos, son de nuevo acogidos por el Padre que quiere que todos los hombres estén en la casa paterna. La historia enseña que muchos que dicen no creer, se abren al mensaje de Jesús, aunque sea largo y tortuoso el camino que tienen

que recorrer. Al pueblo elegido (Israel), lo mismo que al pueblo nacido en Jesús, el Señor, les cuesta aceptar el amor dilatado del Padre. El Reino de Dios es para todos los hombres, para todos los pueblos, para todas las culturas. La misericordia de Dios supera todas las barreras, y, aceptar a Cristo, devuelve a la condición de hijos; más que perdonados: "muy amados".

Concluye el Papa Francisco la Bula de convocatoria deseando que el Jubileo sea una ocasión de encuentro con el judaísmo, el Islam y otras nobles tradiciones religiosas. Y, tras evocar la figura de santa Faustina Kowolska –apóstol de la misericordia–, se confía en María, *Madre de la Misericordia* y Arca de la Alianza entre Dios y los hombres.

Con este documento se abre para la Iglesia un periodo profundo de oración y estudio, diálogo y acción, bajo el impulso del Obispo de Roma. Debería significar para nosotras un periodo de crecimiento auténticamente espiritual y evangelizador, al igual que para cada cristiano y para la Iglesia en todas sus instituciones y agrupaciones. El Papa afirma, de manera insistente en sus alocuciones de los miércoles y los domingos ante las grandes multitudes que acuden a celebrar con él esos momentos eclesiales:

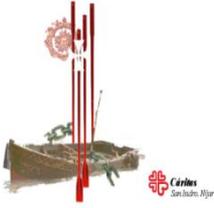
"Amar y perdonar como Dios ama y perdona, es un *programa de vida* que no puede conocer interrupciones o excepciones, pero sí nos empuja a avanzar siempre sin cansarnos, con la certeza de ser sostenidos por la presencia paterna de Dios".

El camino cristiano es un programa de vida exigente que sirve para configurarnos con Jesucristo, o para dejarnos configurar con Cristo por su Espíritu, que obra en nosotros a manera del *paciente escultor*, según la visión que nos trasmite propio el apóstol san Pablo en muchas de sus expresiones. "La misericordia y el perdón –sigue diciendo el Papa– no deben quedarse solo en palabras bonitas, sino realizarse en la vida cotidiana...

Amar y perdonar son el *signo concreto* y visible de que la fe ha transformado nuestros corazones y nos permite expresar en nosotros la misma vida de Dios". No hay otra manera de ser y de ser Iglesia, misionera de la Misericordia. Porque es la actitud que nos hace crecer en humanidad, madurar como personas, ser más lo que estamos llamadas a ser: imagen de Jesucristo, "rostros" de la misericordia de Dios en el mundo. De manera concreta, para nosotras:

- En la oración, en la eucaristía y en el sacramento del perdón
- en las relaciones fraternas en nuestra convivencia diaria en comunidad...,
- en el trabajo comunitario, y en la misión encomendada a cada una...,
- y en el tiempo en el que el *dolor* y la *indigencia* se hacen tan patentes (vejez, enfermedad, abandono...).

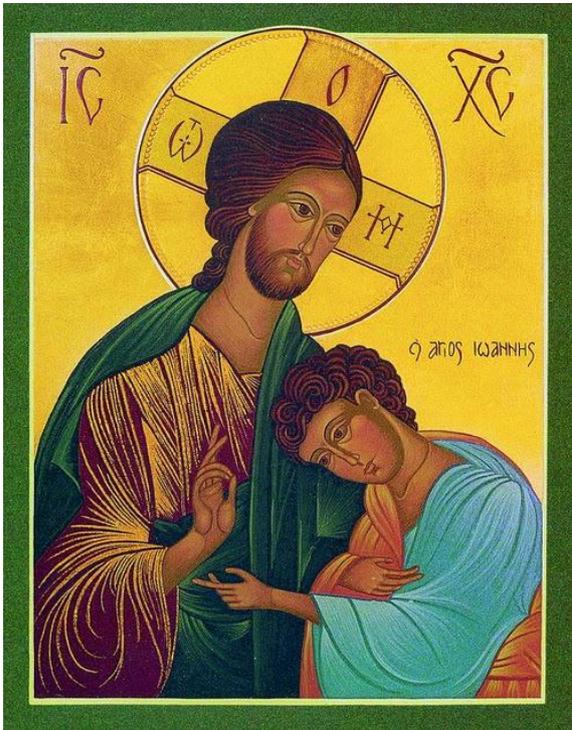
Verdaderamente, dejándonos instruir por la palabra del Papa: "*Siempre tenemos necesidad de contemplar el misterio de la misericordia. Es fuente de alegría, de serenidad y de paz. Es condición para nuestra salvación. Misericordia: es la palabra que revela el misterio de la Santísima Trinidad. Misericordia: es el acto último y supremo con el cual Dios viene a nuestro encuentro*" (nº 2). La misericordia es la característica de Dios, la forma como viene a nuestro encuentro, es la que abre el corazón a la esperanza de ser amados para siempre a pesar de nuestro pecado.



PROPUESTAS PARA VIVIR COMO MERCEDARIAS EL "AÑO SANTO DE LA MISERICORDIA" (unidas a otras propuestas de la iglesia)

1. Redescubrirnos como mujeres consagradas a vivir y contemplar el misterio de la misericordia, como un don recibido gratuitamente que trae consigo la responsabilidad de vivirlo y anunciarlo.
2. Sentirnos gratuitamente llamadas a *tener experiencia de Dios* como "Padre" de la Misericordia.
3. Mirar la *Apertura* de la Puerta Santa como símbolo de nuestro compromiso a testimoniar con mayor entusiasmo y convicción la vocación recibida, fundamentada en la fe de la Iglesia
4. Que nuestras comunidades sean verdaderos oasis de misericordia divina y humana...
5. Ser misioneras y evangelizadoras de la misericordia allí donde nos encontramos destinadas: *"Queremos vivir este Año Jubilar a la luz de la palabra del Señor: Misericordiosos como el Padre. El evangelista refiere la enseñanza de Jesús: « Sed misericordiosos, como el Padre vuestro es misericordioso » (Lc 6,36)"*.
6. Impulsar nuestras actividades y misiones como estímulo y servicio para la conversión y la renovación de nuestro actuar misericordioso: *"Esto será un signo del hecho que también la misericordia es una meta por alcanzar y que requiere compromiso y sacrificio"*. Queremos vivir este Año Jubilar a la luz de la palabra del Señor: *Misericordiosos como el Padre*.
7. Redescubrir las obras de misericordia corporales y espirituales como expresión viva del carisma recibido en la Iglesia, en la clave que nos propuso nuestro beato fundador. *"Todo para bien de la humanidad, en Dios por Dios y para Dios"*.
8. Vivir los tiempos fuertes de la liturgia, como la próxima *Cuaresma*, con intensidad, para celebrar y experimentar la misericordia divina: *"teniendo nuestros ojos fijos en el actuar de JESUCRISTO"* a través del evangelio de cada día.
9. Promover la vivencia personal y comunitaria del sacramento de la reconciliación por el que Dios hace evidente el amor que nos tiene, para vivir esta *Año Santo* como tiempo oportuno para cambiar nuestro estilo de vida y dejarnos tocar el corazón de nuevo...
10. Que nuestros pensamientos se dirijan con frecuencia a María, Madre y Modelo de la misericordia. Y que sus actitudes llenas de misericordia divina sean también las nuestras.

[Podríamos hacer el ejercicio comunitario de leer y comentar estas propuestas, u otras que creamos convenientes a la luz de la lectura de esta páginas, como compromiso de profundización en lo que implica "Ser misericordiosas como el Padre", al estilo de JESUCRISTO.]



ORACIÓN al Espíritu Santo

Ven Espíritu Santo,

sobre la comunidad que tú consagraste y modelas a imagen de Jesucristo, INCONO de la Misericordia del Padre.

Espíritu de la verdad,

Ilumina y purifica nuestros corazones para que seamos dóciles a tus inspiraciones y nuestras acciones respondan a la vocación que hemos recibido.

Padre amoroso del pobre,

danos la humildad que de Ti emana, haznos sencillos de corazón y personas bondadosas en todas nuestras relaciones, sabias para reconocer los dones recibidos y también nuestras limitaciones.

Espíritu de amor,

haz que nuestros corazones sean siempre capaces de más caridad.

Espíritu de comunión,

haz que la riqueza de tus dones y carismas contribuya a la unidad del Cuerpo de Cristo.

Espíritu Consolador,

suscita nuestra solidaridad para con los pobres, enfermos y desalentados.

Fuerza de la diestra de Dios,

dirige y anima la acción evangelizadora de nuestra Iglesia, para que anuncie a todos los hombres al Salvador del mundo, Jesucristo, nuestro Señor



*Curso de Formación Permanente
Cájar, 16-17 de enero, 2016
Dirige: sor Trinidad León Martín, mc*

ORACIÓN JUBILAR

LA MERCED

800 AÑOS

Madre de la Merced,
que suscitaste en tu servidor Pedro Nolasco
el deseo de imitar a Cristo Redentor,
poniendo su vida al servicio de los más pobres
de entre los pobres, los cautivos;
al prepararnos a celebrar el Jubileo mercedario,
te pedimos que eleves nuestras oraciones al Padre,
fuente de misericordia,
para que seamos capaces de contemplar
la faz de tu Hijo en el rostro de los cautivos de hoy
y ofrezcamos, alegremente, llenos del Espíritu Santo,
nuestras vidas como moneda de rescate
por nuestros hermanos
que viven privados de libertad y sin esperanza
en las nuevas periferias de la cautividad. Amén.